

SHELDON S. WOLIN, *Democracy Incorporated. Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*, Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2008. 356 páginas.

El gran teórico estadounidense de la democracia, Sheldon S. Wolin, presenta un libro clave para comprender los profundos anclajes antidemocráticos del sistema político norteamericano, algunos de cuyos rasgos el lector exportaría sin problemas al resto de Estados occidentales. Formula para ello una cuestión directa y sencilla, cuya respuesta a lo largo de sus páginas se muestra una y otra vez negativa: “Does democracy truly describe our politics and political system?” (p. 242)¹.

Wolin cuenta con ochenta y seis años. Lo ha sido todo en la academia norteamericana, y además de ser reconocido por su obra, ha sido el maestro de toda una generación de teóricos políticos. Fundador en los años ochenta de la revista *democracy*, Wolin siempre ha considerado su labor como docente e investigador firmemente comprometida con la defensa de la democracia², al menos desde que hizo su personal “viaje del liberalismo a la democracia” que, para él, tuvo su epi-

centro en las revueltas de los sesenta en Berkeley³.

El autor de los ya clásicos *Politics and Vision* (1960; 2004), *Hobbes and the Epic Tradition of Political Theory* (1970), *The Presence of the Past* (1989) o *Tocqueville Between Two Worlds* (2001), hace gala de todo su bagaje teórico para acometer, con un rigor académico admirable, una honda y contundente crítica a la política contemporánea desde su país natal, Estados Unidos. Más que por acuñar nuevos y potentes términos a la hora de intentar definir la situación actual, como sucede con el *totalitarismo invertido* (pp. 15ss., 213), o por rescatar en este empeño la validez de antiguos, caso del *despotismo democrático* (pp. 79-81), esta obra resulta valiosa por la profundidad de su alcance, por los firmes argumentos que nos muestran un sistema político anquilosado por rémoras antidemocráticas que, en los últimos años, se han exacerbado hasta alcanzar cotas escandalosas⁴.

¹ [¿Describe realmente la democracia nuestro sistema y nuestra forma de hacer política?].

² Wolin considera su labor como intelectual en primer lugar cívica, y en segundo académica. Sheldon S. WOLIN, *The Presence of the Past*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1989, p. 1. Es hora, en su opinión, de que una teoría política democrática y sin ambiciones épicas acuda en apoyo de la propia democracia. Sheldon S. WOLIN, “Political Theory: From Vocation to Invocation”, en Jason A. FRANK y John TAMBORNINO (eds.), *Vocations of Political Theory*, Minnesota University Press, Minneapolis, 2000, p. 21.

³ Sheldon S. WOLIN, *Politics and Vision. Expanded Edition*, Princeton University Press, Princeton, 2004, p. xv.

⁴ Desde el “golpe político” en el fraude de las elecciones de 2000 (pp. 101ss, 148-149, 166, 211, 241), pasando por la aceptación de la tortura y el declive de las libertades civiles (pp. 15, 46, 192, 215, 233), por Irak —con todo lo que significa de fracaso colectivo y democrático (pp. 240-241, 260)—, hasta la negativa a firmar los Acuerdos de Kyoto, el peso de las corporaciones en Washington o la dilapidación de recursos y servicios públicos esenciales.

Lo valioso de esta obra reside en que sus preocupaciones van mucho más allá de la amenazante deriva con que comenzó el siglo veintiuno —“the fixation upon Bush obscures the real problem” (p. 287)⁵—, lo que, a la vez, permite que la comprendamos mejor. “It’s not morning in America”⁶, nos advierte Wolin (p. 238), dando a entender que no se trata de que pase la Administración Bush para que la democracia se recupere. El diseño antipopular de la Constitución norteamericana; el capitalismo y las insostenibles desigualdades que conlleva; el abandono de ciertos controles socialdemócratas tras el *New Deal* (1932-40) y, sobre todo, tras la *Great Society* (1963-68) de Lyndon B. Johnson⁷; el *detalle* histórico de la esclavitud y la persistencia del racismo; la pobreza cívica que trae consigo la democracia *electoral*; la manipulación de los medios de comunicación conforme a los intereses de sus propietarios; el militarismo, sus conexiones político-industriales y

el *imperial subject*... todo ello había sido ya objeto de estudio por parte de Wolin, en sus libros y artículos más recientes, justamente para dar cuenta de lo difícil que lo tenía la democracia hoy día, cada vez más *fugitiva* frente a tantas amenazas⁸. Ahora todo ello toma nueva altura, se combina con maestría sin hacer uso de palabras ya dichas, se le incorporan nuevas reflexiones, se sustenta con unas referencias bibliográficas que son una joya, y el resultado es un cuadro inquietante, a menudo apabullante para el lector, pero impregnado de veracidad.

Sheldon S. Wolin escribe de un modo sencillo, elegante y comprensible, algo que no choca con la calidad de sus percepciones, con la finura de su pensamiento. Una de las novedades que traen estas páginas reside en que, cada vez más claramente, y quizás por el auge del movimiento neoconservador en Estados Unidos, relaciona la Ilustración del dieciocho —su culto al racionalismo y la ciencia, a las

⁵ [La fijación en Bush oscurece el problema real].

⁶ [No es por la mañana en América].

⁷ En esta obra Wolin afirmará que el neoliberalismo encontró su icono en John F. Kennedy, a quien desmitifica por completo. Éste, Jimmy Carter o Bill Clinton son calificados de “civil rights neoliberals”. Por supuesto, la era Reagan es identificada como el gran aldabonazo al neoliberalismo antisocial (pp. 203, 221, 270).

⁸ Además de en sus últimas obras, WOLIN aborda estas cuestiones, entre otros, en los siguientes artículos: “Democracy in the Discourse of Postmodernism”: *Social Research*, vol. 57, n.º 1 (Spring 1990); “Democracy, Difference, and Re-cognition”: *Political Theory*, vol. 21, n.º 3 (August 1993); “Democracy: Electoral and Athenian”: *Political Science and Politics*, vol. 26, n.º 3 (Sep. 1993); “Norm and Form. The Constitutionalizing of Democracy”, en J. Peter EUBEN, John R. WALLACH y Josiah OBER (eds.), *Athenian Political Thought and the Reconstruction of American Democracy*, Cornell University Press, Ithaca and London, 1994; “Fugitive Democracy”, en Seyla BENHABIB (ed.), *Democracy and Difference*, Princeton University Press, 1996; “Transgression, Equality and Voice”, en Josiah OBER y Charles HEDRICK (eds.), *Demokratia. A Conversation on Democracies, Ancient and Moderns*, Princeton University Press, 1996; “What Time is it?": *Theory and Event*: 1.1 (1997); “Political Theory: from Vocation to Invocation”; “Agitated Times”: *Parallax*, vol. 11, n.º 4 (2005).

constituciones escritas o al libre mercado— con el calvinismo que, junto con todas sus fobias, llevó a las costas de Massachusetts el entusiasmo por la fe y la evangelización, la verdad de la Escritura y una suerte de esperanzas milenarias para la Tierra Prometida (p. 123). El poder ilustrado y la fe evangélica determinaron, y para Wolin siguen guiando, gran parte de los destinos de esta nación⁹.

La forma actual que toma la alianza entre ciencia, tecnología y capitalismo —la falta de prudencia política en sus actuaciones, su desprecio por la ética y el dinamismo inherente a sus acciones— toma así el pulso a las últimas expansiones de lo que nuestro autor denomina *Superpower* (pp. 117, 128, 132). Como Wolin muestra desde una de sus referencias favoritas, el ejemplo ateniense, resulta inevitable que, una vez se ponen en marcha mecanismos imperiales como la guerra y la ocupación, o se adoptan nuevos comportamientos en el exterior —como la indiferencia ante el sufrimiento ajeno, el dominio no democrático de poblaciones enteras—, entonces la democracia en el propio país se resiente (pp. 242ss., 247).

Las nociones de cambio y progreso reciben una detenida crítica por parte de Wolin. La democracia necesita un *tempo* más pausado; la deliberación, la resolución de los conflictos, la prudencia y el buen juicio así lo precisan (pp. 233ss., 267). Asimismo, la admiración futurista por el cambio rápido, las nuevas y nada inocentes apuestas tecnológicas por lo inmediato, corren el riesgo de debilitar la memoria, la reflexión sobre lo que deja-

mos atrás (p. 275). Por otro lado, frente a los *progresistas*, Wolin apuesta por retornar, redescubrir y repensar —eso sí, sin originalismos míticos— qué era la democracia; dar marcha atrás en tantos y tantos errores cometidos.

El triunfo de lo ejecutivo, consagrado en la institución presidencial desde los *Federalist Papers* (pp. 225, 234), alcanza hoy su punto culminante con la adopción de la cultura del *management* privado en la esfera pública. A ésta se traslada el entorno competitivo, jerarquizado y de mentalidad expansiva de las grandes empresas, donde *saber es poder* y en las que triunfa la voluntad del decisionismo eficiente (pp. 135ss., 143-146, 160, 202). Para Wolin se está dañando el cuidado cívico por lo común, una suerte de ecología pública que debería pasarse con orgullo a generaciones posteriores. El trabajador público de una democracia debería combinar sus conocimientos y habilidades gestoras con un compromiso claro en la promoción de los valores democráticos, y esto incluye la reducción de las desigualdades y la protección medioambiental (pp. 290-291). En su lugar, se lamenta una y otra vez nuestro autor, las privatizaciones triunfan por todo el globo y el ethos de la *corporate culture* es asumido sin apenas discusión.

Wolin vuelve a Thomas Hobbes para constatar que un entorno competitivo e inseguro provoca en los ciudadanos un deseo de estabilidad y protección, más que un compromiso cívico (p. 239). Las condiciones *impuestas* de trabajo bajo el capitalismo actual impiden a la gente disfrutar

⁹ No por casualidad, la obra comienza con un análisis del mito cristiano erigido en torno al 11-S, en lo que, por otro lado, resulta quizás la parte más débil de la obra (pp. 4ss.).

del ocio necesario para convertirse en seres políticos, en ciudadanos plenos que respondan de un modo adecuado y concertado a lo que supone, por ejemplo, el constante incremento de los grandes beneficios empresariales a costa del grueso de la población (p. 277). Tan sólo unos pocos gozan de las habilidades, los recursos y el tiempo para ello. Esta reflexión permite a nuestro autor adentrarse en un campo relativamente novedoso en su obra, pero de raigambre en la ciencia política norteamericana: el estudio de las elites.

Para ello, Wolin parte de la contraposición entre republicanismo y democracia. Niccolò Machiavelli, el gran teórico del primero, trajo a la luz una nueva clase de política, donde elites virtuosas dirigirían la república a partir de un apoyo popular no demasiado activo. La política se concebiría como poder y conflicto de intereses; eso sí, con unos cancilleres siempre al servicio de la ciudad (pp. 151ss.). Las enseñanzas del florentino se fusionarían, en cierta forma, con el puritanismo inglés durante las guerras civiles inglesas del diecisiete. Esta confianza en una elite segura de sus habilidades y recta moralmente viajaría a las colonias americanas en las embarcaciones de los *divines*.

Ninguno de los delegados presentes en la discusión de la Constitución de 1787 era trabajador, humilde granjero o tendero. Los Padres Fundadores, según Wolin, temían a la gente ordinaria; no confiaban en sus deci-

siones. El ciudadano queda así reducido a elector (concebido éste como varón blanco) en el texto constitucional. El Senado y el Presidente no se escogen directamente, y la Constitución queda blindada frente a la voluntad popular. Se piensa en una nueva escala de la política, en una expansión que aliente el crecimiento económico y, a la vez, impida desde sus dimensiones la participación popular directa. Se diseña por tanto un gobierno central fuerte, representativo, con políticos y funcionarios concebidos como una “guardian class”, lo que situará a la *confianza* como gran baluarte del sistema (pp. 230, 282). El análisis que en este sentido Wolin realiza de las consecuencias de la mentira en política resulta de nuevo de gran altura (pp. 261ss.). Y especialmente reveladora también resulta su crítica a James Madison y su celebrado sistema de *checks and balances*, donde las desigualdades y la imposibilidad de triunfo de una mayoría democrática se dan por sentados (pp. 278-283). En definitiva, y Wolin lo deja muy claro: “The American political system was not born a democracy, but born with a bias against democracy” (p. 228)¹⁰.

Entre los déficits de esta obra podemos encontrar alguna fobia personal del autor y ciertas ausencias significativas. De esta manera, destaca su animadversión ya legendaria hacia Leo Strauss. Más de cuarenta años después de su primer enfrentamiento académico en las páginas de la *American Political Science Review*¹¹, Wolin ajusta

¹⁰ [El sistema político americano no nació como una democracia, sino que nació con un prejuicio contra la democracia].

¹¹ John H. SCHAAR y Sheldon S. WOLIN, “Review: Essays on the Scientific Study of Politics: A Critique”: *The American Political Science Review*, vol. 57, n.º 1 (Mar. 1963), pp. 125-150. Herbert J. STORING, Leo STRAUSS et al., “Replies to Schaar and Wolin: I-VI”: *The American Political Science Review*, vol. 57, n.º 1 (Mar. 1963), pp. 151-160.

cuentas con Strauss y por vez primera se detiene a estudiar su obra (pp. 118, 159ss.). El resultado no puede ser más decepcionante. Salvo sugerentes interpretaciones acerca del elitismo en la obra de Strauss, el resto abunda en los clichés sobre su esoterismo, su relación con los *neocons* actuales, y una serie de frases sacadas de contexto que hacen del autor alemán poco menos que un amante de la tiranía. Wolin ha sido un excepcional crítico de autores contemporáneos como Michel Foucault o John Rawls¹², por lo que se esperaba más de su estudio de Strauss.

Por otra parte, sorprende el silencio de Wolin sobre las políticas migratorias del sistema político norteamericano —con la excepción de algunas referencias al clasismo de la institución militar a la hora de reclutar soldados. En realidad, los frenos a la libertad de movimiento y su relación con la democracia es hoy una de las claves de la política contemporánea, y ya nuestro autor en otra ocasión había manifestado que la democracia, o era inclusiva e impedía que nadie fuera excluido de ella, o no era democracia¹³.

Por último, decir que *Democracy Inc.* no resulta valiosa sólo como una gran crítica al sistema político norteamericano, sino que en ella se tratan de formular ideas constructivas —bien es cierto que sin apenas concesiones hacia lo actualmente instituido— acerca de cómo rescatar la democracia, de cómo cultivarla desde los puestos de trabajo, el sistema educativo, la vida en los municipios o las acciones políticas *comunes* de resistencia frente a las injusticias económicas, medioambientales o sociales (pp. 138ss., 147ss, 186, 287). En este sentido, una de las propuestas más atractivas de Wolin reside en la necesidad de una “democratization of the self” de los individuos, de manera que la democracia no sea únicamente algo formal, sino auténtico y real, que comience en cada persona (p. 289). Lástima que Wolin no se anime a proseguir por esta senda, reacio siempre a indagar con detenimiento en el primer estadio de la ciencia política: el gobierno de los ciudadanos.

VÍCTOR ALONSO ROCAFORT

¹² Sheldon S. WOLIN, “The Liberal/Democratic Divide”: *Political Theory*, vol. 24, n.º 1 (Febr. 1996). Sheldon S. WOLIN, “On the Theory and Practice of Power”, en Jonathan ARAC (ed.), *After Foucault. Humanistic Knowledge, Postmodern Challenges*, Rutgers University Press, New Brunswick, NJ, 1988.

¹³ Sheldon S. WOLIN, *Tocqueville. Between Two Worlds*, Princeton University Press, 2001, p. 61.